

CRISIS Y COYUNTURA POLITICA EN HAITI EN EL CONTEXTO DE LA POLITICA NORTEAMERICANA

Rony Smarth

RONY SMARTH

Cientista político haitiano. Director Instituto de Investigaciones Sociales y de Difusión Popular.

El 7 de febrero de 1986 fue derrocado Jean Claude Duvalier, tras 29 años de régimen dictatorial en Haití. El mundo entero, y especialmente el continente latinoamericano, recibió la noticia con mucha alegría porque, por fin, el pueblo haitiano iba a tener la posibilidad de una era de democracia y desarrollo. Las circunstancias de gran movilización social que precedieron la caída del dictador hacían nutrir la esperanza del advenimiento de un régimen que terminara con las arbitrariedades de la dictadura y abriera paso a la entrada de las grandes mayorías nacionales en la escena política.

Sin embargo ya van dos años de continuismo en medio de la más profunda crisis de la nación haitiana.

Este trabajo pretende tan sólo sintetizar los grandes rasgos de la crisis política a través de un sucinto análisis del comportamiento de los principales actores que se encuentran en la escena. No pretende penetrar en los rasgos estructurales para explicar los fundamentos de la crisis. Sin embargo, para el análisis del comportamiento de los actores se proporcionan algunos elementos que irradian luces sobre ciertos aspectos estructurales de la crisis.

El trabajo no se centra en los aspectos internacionales que inciden sobre la crisis, los toma en consideración a través del análisis de las interacciones de los principales actores que están sobre la escena.

Para ello, el trabajo ha sido dividido en tres partes:

1. Un marco general de interpretación de la crisis a través de una sucinta caracterización de los actores fundamentales.
2. Un intento de interpretación de los hechos ocurridos a partir del 29 de noviembre.
3. Unas reflexiones, sobre los posibles escenarios a corto plazo.

1. MARCO GENERAL DE LA CRISIS: LOS PRINCIPALES ACTORES

Las Fuerzas Armadas

Las fuerzas armadas son el bastión del orden tradicional, institución que asume el gobierno a la caída de la dictadura y encargada de efectuar la transición democrática. En parte, se granjeó la simpatía popular por haber sido también golpeada por la dictadura, si bien históricamente ha sido desacreditada. Duvalier le quitó fuerzas, creó su propia milicia, y le dio más poder de represión; descabezó a las Fuerzas Armadas y les transformó en una institución sometida a su poder personal. Así pasaron a ser un hijo bastardo, un ciudadano de segunda clase.

Heridas en su orgullo institucional, aprovecharon la oportunidad política para dismantelar el cuerpo de los "tonton macoutes", tener nuevamente el monopolio de la represión y ser el principal garante del orden establecido. A partir del 7 de febrero, instigados y fuertemente apoyados por el gobierno norteamericano, las Fuerzas Armadas se esmeraron en modernizarse, armarse y ampliar el número de sus siete mil efectivos. Cabe señalar que las Fuerzas Armadas haitianas heredaron su estructura e inspiración de la ocupación norteamericana (1915-1934).

Sin embargo, esta institución había sido fuertemente penetrada por Duvalier. Muchos de los altos mandos estaban coludidos con la corrupción y los métodos arbitrarios del régimen. Eran verdaderos "tonton macoutes" en el ejército.

Este dilema entre la necesidad de recobrar dignidad institucional y su penetración por el duvalierismo va ser una constante a lo largo de los dos años post-duvalieristas. En esas condiciones, la tarea de dirigir y asegurar la transición democrática iba a ser sumamente difícil. Estas contradicciones van a explicar la actitud de la institución desde la caída de Duvalier. Tras un momento de buena convivencia con el movimiento democrático, cambia a una acti-

tud represiva al ver la determinación de éste por acabar con el duvalierismo y por instaurar en Haití un régimen democrático y de participación popular.

Parapetado detrás del gobierno y profundamente infiltrado en las Fuerzas Armadas, el duvalierismo asoma la cabeza cada vez que el movimiento popular manifiesta un reflujo o pasa a la defensiva. En octubre de 1986 (el período que va de junio a noviembre fue el mayor reflujo del movimiento) muchos cabecillas del régimen anterior aparecieron públicamente en radio y televisión y dieron a conocer la formación de un partido político llamado a llevar la lucha por la defensa de la "Patria" y por la "Democracia". La fuerte movilización popular entre otras, la marcha de doscientas mil personas en Puerto Príncipe, obligó al duvalierismo a declarar disuelta la organización. De igual manera, para las elecciones oficiales que debían celebrarse el 29 de noviembre pasado, los "tonton macoutes" volvieron a pasar a la ofensiva exigiendo al Consejo Electoral Provisorio (en total desacato al Artículo 291 de la constitución votada masivamente el 29 de marzo de 1986) la aceptación de sus candidaturas, con la amenaza de provocar la guerra civil. Julio y agosto fueron de intensa agitación y movilización, en los que se llega prácticamente a paralizar totalmente el país, habiendo terminado por agotar el movimiento popular y abrir grietas en su interior, tras el fracaso por derrocar al Consejo Nacional de Gobierno. El período electoral tomó al movimiento democrático en plena curación de sus heridas y el "macoutismo" se aprovechó para lanzar una fuerte contraofensiva. De allí, el incendio al local del Consejo Electoral, los ataques a mano armada a múltiples locales de partidos políticos, a residencias privadas de dirigentes políticos, entre otras. Claramente, el duvalierismo daba a entender que su exclusión de la escena política tendría un altísimo precio.

Frente a esa situación, el Consejo Nacional de Gobierno y las Fuerzas Armadas parecían no inmutarse. En verdad, su estrategia era nítida: lanzar el duvalierismo a la luchas con el propósito o bien de provocar un caos que justifique su intervención o bien de amedrentar las fuerzas democráticas a tal punto que busquen aliarse con ellas, pero bajo su dirección y control.

En realidad, desde el decreto del 22 de junio, que de forma anticonstitucional quitaba la dirección y control de las elecciones al Consejo Electoral Provisorio y las entregaba al Ministerio del Interior en la persona del General William Regala, las intenciones de las Fuerzas Armadas eran claras. El sector democrático así lo entendió, pero las huelgas de julio y agosto para forzar la renuncia del gobierno no consiguieron su objetivo.

Los Partidos Políticos

La caída de Duvalier vio emerger una multitud de partidos po-



líticos, partidos en su mayoría con poca base social y que reflejaban ambiciones personales de líderes, muchos de ellos regresados del exilio. Algunos pocos fueron partidos prohibidos de funcionar legalmente durante el reino de Duvalier, tales como: el Partido Demócrata Cristiano que dirige Sylvio Claude, uno de los más duros y combativos opositores al régimen de Duvalier; el Partido Social Cristiano de Grégoire Eugene; el Partido Unificado de Comunistas Haitianos, que por primera vez en la historia de Haití participa públicamente en la vida política del país y cuyo Secretario General es René Theodore; La Unión de Fuerzas Patrióticas y Democráticas (IFOPADA), cuya división diera nacimiento a otro partido; el PANDRA, actualmente integrante del bloque de Unidad Patriótica (BIP), de tendencia social-demócrata.

✳ De los partidos recién formados, los más importantes son: el Movimiento para la Instauración de la Democracia en Haití (MIDH) que dirige Marc Bazin, funcionario de carrera del Banco Mundial y Ministro de Economía y Finanzas por un breve período durante el régimen de Duvalier. Todo lo señalaba como el hombre de Washington y de las finanzas internacionales; el Reagrupamiento de Demócratas Nacionalistas Progresistas (RDNP) de Leslie Manigat, hombre que parece granjearse la simpatía de la Democracia Cristiana Internacional y Latinoamericana; el Partido Agrícola Industrial (PAIN) que dirige Louis Dejoie, hijo del otro Louis Dejoie, quien fue candidato a la presidencia en 1957 junto a Francois Duvalier; el Movimiento Obrero Campesino (MOC) fundado por el fallecido dirigente populista y ex candidato a la presidencia Daniel Fignolé, actualmente dirigido por Philippe Auguste; y para terminar, el Partido Movilización para el Desarrollo Nacional (MDN) de

Hubert Deronceray, quien fuera Ministro de Duvalier y posteriormente pasó a la oposición al gobierno.

La incidencia de los partidos políticos en la escena política parece de poca relevancia. La preocupación máxima de la mayoría de ellos es granjearse la simpatía de los círculos que tradicionalmente determinan el juego político, en especial las Fuerzas Armadas. Sin bases políticas, esperan, a golpe de dinero y de maniobras, provocar un milagrito más en la historia del país, al igual que Duvalier, quien era poco popular como candidato en el año 1957 y, a pesar de ello, llegó a ser presidente. En realidad, pocos pueden ser considerados como verdaderas organizaciones. El nombre de partido es un puro sello que pretende dar un carácter de seriedad al líder y así realzar su figura y sus posibilidades de victoria. Esta situación explica, en gran parte, la tendencia del movimiento popular por descalificar, sin más trámites, a los "líderes" y partidos políticos, revirtiéndose en forma negativa sobre aquellos que no consideran la política como simple instrumento de fines personales.

En una sociedad sumamente atomizada, sumamente dislocada por 30 años de dictadura y donde la crisis económica alcanza niveles inusitados, la política aparece como el único campo posible de realización personal para gran parte de las capas medias. Así se entiende que para las elecciones presidenciales del 29 de noviembre se hayan presentado 35 candidatos, de los cuales 12 fueron rechazados por el Consejo Electoral Provisorio (CEP) por haber sido piezas importantes en la consolidación del régimen dictatorial de los Duvalier. Muchos de ellos sabían que no tendrían posibilidad de ser electos en caso de elecciones libres, pero podrían negociar sus escasos votos en caso de realizarse un segundo turno de votación (si alguno de los candidatos alcanzara la mayoría absoluta en el primer escrutinio) y por haber sido candidatos, serían investidos de una suerte de aureola que les permitiría ocupar un buen puesto y entrar en el juego político.

La crisis va a complicar sus jugadas. Por una parte, las formas tradicionales de conducción política están sin vigencia. El mismo lenguaje trillado ya no conmueve a nadie. Ya la demagogia y el populismo superficial surgidos durante las crisis del 46 y del 57 no surten efecto. Por ejemplo, nadie se atreve a salir con el tema del negrismo, tema que había constituido el punto central de la campaña de Duvalier. Ello no quiere decir que la problemática de color haya desaparecido, pero es evidente que, por lo menos coyunturalmente, no es un elemento de fuerza. Por otra parte, no es tan fácil para las Fuerzas Armadas y los Estados Unidos hacer sus jugadas de antaño para colocar así no más el candidato de su simpatía. El juego de las marionetas se ha complicado frente a un movimiento social que ya no admite que las cartas se barajen debajo de la mesa.

La Iglesia Católica

La Iglesia Católica: Institución fuertemente enraizada en todas las capas de la población fue también fuertemente sacudida, penetrada y supeditada al Dictador, sobre todo, a nivel de cúpula. Duvalier maniobró e impuso al Vaticano (Haiti firmó con el Vaticano un concordato desde 1860), el derecho de proponer los obispos, exiló los sacerdotes más recalcinantes a su gobierno y llegó así, por un buen tiempo, a controlar las posibles batallas de esa Institución.

Sin embargo, por su misma naturaleza, esta Institución pudo gozar de una relativa autonomía. Aprovechándose de esos espacios de maniobra, la base de la Iglesia, es decir, muchos sacerdotes y fieles directamente vinculados con el quehacer cotidiano de un gran sector del pueblo, iba a desarrollar toda una práctica de concientización. Encontraron en la Teología de Liberación Latinoamericana y en las reuniones de Medellín y Puebla el cemento evangélico a su compromiso. La alta jerarquía de la Iglesia fue, en cierto modo, influenciada por esta nueva corriente, o por lo menos, a convivir con esta nueva realidad. Los "ti Legliz" desarrollaron nuevas formas litúrgicas, hicieron del evangelio un arma de reivindicación y de lucha por la justicia y la democracia.

Durante esos casi dos años la Iglesia estuvo "compartida" entre su visión tradicional (representada básicamente por la alta jerarquía) y una nueva manera de concebir y vivir el evangelio. Dentro de la Iglesia, en forma casi antagónica, se encuentran el Arzobispo Ligondé, amigo personal de los Duvalier y hombre de confianza del régimen depuesto, y el Padre Bertrand Aristide, párroco del famoso barrio popular "La Saline" en Puerto Príncipe, hombre que ha hecho del evangelio un instrumento privilegiado de subversión. Aristide se ha transformado en el líder popular más temible por la derecha. Con suerte, escapó en el mes de agosto con otros cuatro sacerdotes a una tentativa de asesinato.

Después del 7 de febrero, la Iglesia llamó a la paz, al perdón y a parar el "dechoukaj" (liquidación de los ex esbirros de Duvalier). Fue tomando un perfil menos exigente en cuanto a las necesidades de justicia social. No cabe duda de que su conducta fue un factor importante en la desmovilización popular y en la recomposición política del duvalierismo.

Las otras iglesias no tienen un papel de verdadera importancia en la escena política; sin embargo, muchas de ellas, sobre todo una infinidad de sectas protestantes, juegan un verdadero papel paralizante para el proceso de cambio. En los últimos meses de 1987, el gobierno ha desarrollado una verdadera campaña anti-comunista, la cual encuentra en esas sectas un verdadero caldo de cultivo para su accionar.

Dentro del protestantismo, la Iglesia Metodista es la más avanzada, pero va al remolque de la Católica. Lo anterior explica las actitudes de la alta jerarquía de la Iglesia Católica, representada en su máximo órgano: la Conferencia Episcopal. En los momentos difíciles y de amenazas de volver al fascismo, se yergue y toma la defensa de los intereses populares, en gran parte, bajo la presión de los sectores progresistas en la Iglesia.

Poco tiempo después, vuelve a su conformismo, se encierra en su vieja consigna de "pax social" e ignora las batallas que se libran en el país y, sobre todo, parece desconocer las inquietudes y luchas que confrontan a diario cientos de cristianos que trabajan en nombre de la Iglesia en barrios populares, en sindicatos, en el campo a través de la organización "Caritas", etc. Prueba de lo último: frente a la matanza de más de doscientos campesinos pertenecientes a agrupaciones promovidas por la Iglesia, a manos de una familia de grandes latifundistas en el noroeste del país, la Iglesia prácticamente se quedó callada, mientras la noticia provocó todo un escándalo internacional; pareció más bien avalar la matanza.

Poco después, cuatro sacerdotes pertenecientes a la corriente de Teología de Liberación, entre ellos Bertrand Aristide, fueron

emboscados por agentes del ejército y antiguos "toton macoutes" y casi perecieron del mismo modo que Louis Eugene Athis, líder político de tendencia social-demócrata, quien fue asesinado a pedradas sin que el gobierno haya procedido a una investigación. Pocos días después de la emboscada, la Conferencia Episcopal emitió una declaración de condena a la Iglesia popular; declaración que, a los ojos de los analistas, avalaba la emboscada de Freycineau y daba carta blanca a la reacción para liquidar los elementos progresistas de la Iglesia. Definitivamente, la jerarquía eclesiástica parece estar incómoda con la Iglesia popular. En dos ocasiones, la jerarquía intentó desplazar a Aristide: la primera, enviándolo al extranjero, la segunda, a otra parroquia. La reacción popular no se hizo esperar: mítines, toma de la Catedral, huelga de hambre, etc., forzaron a las autoridades eclesiásticas a echar marcha atrás.

Dentro de la Iglesia, los sectores progresistas se han ubicado en unos puntos claves para el trabajo de concientización, como son "Caritas", con un trabajo bastante extenso en el campo, y "Misión Alfa", que prácticamente ha sustituido al gobierno de una labor tan importante como es la alfabetización de adultos, en un país con una tasa de analfabetismo estimada en cerca del 80%.

Conviene señalar que, amén de esas diferencias entre Iglesia oficial e Iglesia popular, diversas corrientes ideológicas atraviesan su seno. Sin embargo, se puede decir que globalmente la Iglesia constituye hoy una importante trinchera de lucha antiduvalierista y a favor de la democracia. Frente a las elecciones del 29 de noviembre, la Conferencia Episcopal había tomado una clara postura a favor del Consejo Electoral Provisional, organismo independiente del ejecutivo y encargado constitucionalmente de la dirección y control de las elecciones.

Sea cual sea la salida a la crisis política que sacude al país, la Iglesia Católica experimentará fuertes remezones en su interior en los meses venideros. Ubicada en un sitio privilegiado de la lucha ideológica y de las contradicciones sociales, la Iglesia será, en cierta forma, el receptáculo de las múltiples tensiones por las que atraviesa la sociedad haitiana.

El Gobierno de los Estados Unidos de Norteamérica

Al gobierno de los Estados Unidos no le ha resultado fácil el manejo de la crisis política haitiana. El Consejo Nacional de Gobierno, salido de sus entrañas, tras maniobras para sustituir al gobierno de Duvalier, cayó pronto en la impopularidad. A tres meses de haber sido entronizado, eran ya claros los problemas que provocaría. Sin embargo, el nivel alcanzado por la crisis ha dificultado enormemente una salida a la impopularidad del Consejo de Gobierno. No le ha sido posible al gobierno estadounidense encontrar



Jean Claude Duvalier fue derrocado el 17 de febrero de 1986.

una fórmula de sustitución al Consejo de Gobierno que asegure la defensa de sus intereses y al mismo tiempo satisfaga mínimamente el movimiento democrático. Todo hace pensar que el gobierno de Estados Unidos se encuentra incómodo con las actuaciones de su hijo: el Consejo Nacional de Gobierno y de su más fiel representante, las Fuerzas Armadas. Su política, demasiado a lo duvalierista, le causa problemas internos y quita credibilidad a las declaraciones de apoyo a los procesos democráticos del Departamento de Estado. Internacionalmente e internamente seguir sosteniendo un régimen dictatorial en Haití, como lo hizo con Duvalier, tiene su costo.

Por otra parte, un mínimo desarrollo del país que alivie las presiones de ayuda económica sobre Estados Unidos requiere de ciertas condiciones democráticas y de la presencia de un gobierno que, por lo menos, limite los despilfarros de los recursos, frene la corrupción y los gastos dispendiosos y asegure una decente administración del aparato público.

Sin embargo, dentro de todo, lo más importante es evitar el desarrollo de los gérmenes revolucionarios que ya hicieron su aparición a la caída de Duvalier. Para ello, no es descartable el uso de la fuerza como medida preventiva, pero la estrategia general consiste en desactivar el movimiento popular, en ampliar las estrechas bases del gobierno y conseguir una cierta legitimidad de las Fuerzas Armadas, de manera de arrinconar y liquidar sin grandes costos el naciente movimiento popular y toda intención de subvertir el orden.

A la luz de las luchas ocurridas durante esos dos últimos años, tal estrategia de contención parece haber experimentado dificultades. Se ha tenido que llegar a hechos "reprobatorios", como son la masacre y la suspensión violenta de las elecciones del día 29 de noviembre pasado. De igual modo, se han tenido que fraguar unas elecciones claramente fraudulentas e impopulares para colocar un presidente de su agrado. Las razones principales de estas dificultades parecen estribar en:

1. La naturaleza decididamente autoritaria y autocrática de las Fuerzas Armadas, quienes han demostrado poca sensibilidad política y fuertes resistencias al cambio de las formas tradicionales de gestión política. Estos rasgos históricos han sido consolidados con la ocupación norteamericana de 1915-1934 y, posteriormente, elevado a categoría de principio con la intromisión y penetración de las Fuerzas Armadas por el duvalierismo.
2. La radicalización del movimiento popular. Más adelante veremos las diversas características de ese movimiento. Por el momento, basta señalar que a diferencia de otras épocas his-

tóricas, el movimiento desconfía profundamente de los líderes, de las negociaciones y, en general, resiste fuertemente a todo intento de manipulación.

A nuestro juicio, los objetivos y las correspondientes dificultades para su consecución explican las actitudes, a veces confusas y vacilantes, del gobierno norteamericano. Su contundente y claro apoyo al gobierno del General Namphy y, en especial a las Fuerzas Armadas, no excluye la desaprobación y el descontento pasajero.

El Movimiento Democrático

Está en el centro de la crisis política -resultado de una profunda y prolongada crisis estructural- que actualmente conmueve toda la sociedad haitiana.

Surge como movimiento de masas en noviembre de 1985, pero ya en el año 1984 hubo varias manifestaciones antigubernamentales en algunas ciudades de provincia. En 1980, el gobierno había dado el golpe de gracia a un fuerte movimiento democrático ligado con los medios de comunicación, principalmente la radio. Radio Haití, la estación más popular por sus mensajes y por la ligazón que había alcanzado tejer con el pueblo, fue sistemáticamente saqueada, sus locutores arrestados y deportados. Junto con ellos, muchos cuadros, ligados principalmente con el trabajo en el medio rural, cayeron en la cárcel y tuvieron que exiliarse.

Se ha dicho del movimiento que derrocó a Duvalier que ha sido un movimiento "espontáneo". Espontáneo en cuanto no tiene una dirección clara y que la conducción es, más bien, difusa, poco estructurada, pero cabe señalar que el movimiento es el resultado de un largo y arduo trabajo de centenares de patriotas haitianos ligados a grupos, asociaciones, partidos políticos, tanto del exterior como del interior (evidentemente con más peso los últimos). Una nota especial para los grupos ligados con la iglesia popular, quienes hicieron un excelente trabajo de concientización en barrios populares, en el campo y en el mismo seno del clero.

La caída de Duvalier el 7 de febrero de 1986 dio lugar al surgimiento de una multiplicidad de organizaciones de las más variadas características: comités de barrio; sindicatos y confederaciones sindicales; asociaciones de estudiantes, de profesionales, de educadores, de mujeres, de ecologistas; agrupaciones campesinas; asociaciones de defensa de los derechos humanos; grupos de teatro, de música, etc. Ya hemos hablado de los partidos políticos. Pareciera que todas esas organizaciones estuvieran escondidas, esperando solamente la señal para acudir a la cita. Todo ello se produce dentro de una efervescencia y un fervor popular que traduce una atmósfera libertaria inusitada. La alegría que embarga

al país impide analizar con serenidad lo que había pasado, y menos aún, intentar prever el futuro a pesar de que el continuismo político, representado por el Consejo Nacional de Gobierno, no escapaba a la población, quien acató, mas no aplaudió. Posteriormente, enfrentado con la cruda realidad, el movimiento se irá dando cuenta de sus debilidades y con poca claridad buscará cómo superarlas. El fracaso de las huelgas, manifestaciones y paralización del país durante prácticamente dos meses, julio y agosto, con el fin de derrocar el actual gobierno (el Consejo Nacional de Gobierno) ha producido una especie de desconfianza en sus capacidades, amén de la profundización de fisuras ya existentes anteriormente. Posteriormente, frente al proceso electoral, trata de recobrar fuerzas, pero es también la ocasión en que las debilidades se manifiestan con más agudeza.

Nuestra intención hoy no es analizar la trayectoria del movimiento democrático a lo largo de los 24 meses post-duvalieristas, sino ir evaluando en cada etapa, en cada evento, sus aciertos, errores, sus victorias o fracasos. Nuestra intención es más modesta y pretende sintetizar las grandes características del movimiento, reveladas a través de su accionar durante todo el período posterior a la caída de Duvalier. Esa caracterización, esperamos, contribuya a explicar los puntos fuertes y aquéllos débiles del movimiento, así como sus posibilidades de sentar bases para un proyecto alternativo.

A riesgo de caricaturizar, diremos que es un:

- Movimiento de carácter nacionalista y popular.
- Movimiento amplio de tendencia unanimista.
- Movimiento de defensa de los derechos civiles y de la dignidad humana.
- Movimiento, en su esencia no socialista ideológicamente, si bien hay grupos con claras tendencias socialistas y marxistas.
- Movimiento sin una dirección clara. Aparece como acéfalo.
- Movimiento en contacto tangencial con partidos políticos.
- Desconfía de líderes, de dirigentes, de gente que habla en su nombre, con fuerte tendencia "basista" e igualitaria.
- Movimiento animado por una especie de justicialismo, de sentido de justicia, pero en abstracto. No le interesa o, más bien, no percibe los problemas de correlación de fuerzas.
- Movimiento con fuerte influencia de la Iglesia Católica, principalmente de su ala progresista con la Teología de la Liberación.
- Movimiento descentralizado sin un punto geográfico he-

gemónico. De repente puede ser Gonaives, de repente es Cabo Haitiano, otras veces es Jeremie o bien Jacmel o Cayes, ciudades repartidas a lo largo y ancho del territorio.

Algunas de estas características se encuentran en los movimientos de masa anteriores a 1986, principalmente en 1946 y 1947. La diferencia, a nuestra manera de ver, reside, no sólo en una amplitud mucho mayor del movimiento (actualmente abarca todo el país y prácticamente todas las capas de la población hasta una pequeña fracción de la burguesía), pero principalmente en su naturaleza. Hoy el movimiento es mucho más radical, llegando a romper los esquemas tradicionales de conducción política. La cooptación, practicada anteriormente, resulta sumamente difícil. Ello no quiere decir que sea intachable: se han mencionado casos de corrupción de algunos líderes en Gonaives (ciudad que se destacó en la lucha por el derrocamiento de Duvalier) y es muy probable que eso sea una causa importante en la baja de combatividad de esa ciudad. Es indudable que los grupos de poder han jugado al soborno para desviar el movimiento. Es indudable también que, a pesar de niveles de miseria casi inaudita en la cual vive el pueblo haitiano, los resultados hasta ahora han sido más bien pobres, no llegando a afectar su esencia.

Cabe señalar que el nacionalismo mencionado más arriba es consustancial a la formación y desarrollo de la nación haitiana, es decir, que no es una característica específica del momento actual; sin embargo, hoy está tomando una connotación antiimperialista mucho más nítida, por lo menos en ciertas capas de la población. La política económica neoliberal del gobierno tiende a incrementar esta tendencia al abrir las puertas del país de par en par al mercado exterior, provocando un contrabando que amenaza con destruir el raquítico aparato productivo nacional. Así pasa, por ejemplo, con la importación del arroz desde los Estados Unidos, lo que prácticamente provoca la bancarrota de los pequeños agricultores en el Valle del Artibonite. Ya dijimos que hoy, el nacionalismo imperante tiende a despojarse de su viejo trauma epidérmico, no siendo el problema de color un "leitmotiv" que congrega y aglutina. Es muy probable que siga siendo un elemento psicosocial importantes en la sociedad haitiana, pero hoy, por lo menos, no tienen derecho de expresión.

Otra característica de suma importancia para entender la naturaleza del movimiento social haitiano es, a nuestro juicio, el reclamo de dignidad y respeto muy vinculado con las exigencias de realización de los derechos humanos. Este punto constituye hoy el nudo central del tema de la democracia en Haití. Ha sido muy bien trabajado por los medios de comunicación de masas, principalmente por la radio y, en especial, por dos estaciones: Radio Haïti Inter y Radio Soleil. Ha sido el talón de Aquiles del Consejo Nacio-

nal de Gobierno y de las Fuerzas Armadas en su confrontación con el movimiento democrático. Materializar esta exigencia significa, en cierta forma, hacer saltar los viejos moldes autoritarios y represivos incrustados en la sociedad haitiana desde la época esclavista. Múltiples eventos ocurridos tras la caída de Duvalier dejan entender que la consecución de este objetivo no será nada fácil y tomará más tiempo de lo pensado después del "dechoukaj" de Duvalier. El otro elemento de consideración del movimiento social haitiano es lo que hemos llamado el "basismo" y el "igualitarismo". Por ello entendemos un vigoroso rechazo a las formas de verticalismo en la conducción política. Hay resistencia para delegar poder a causa de una suerte de desconfianza, por un lado, y de una lectura, tal vez un tanto simplista, de las exigencias de la democracia. Esta característica es, a nuestro entender, un elemento de fuerza en las dificultades del movimiento para forjarse una dirección y superar su atomización. Indudablemente, está muy ligado al repudio de las formas tradicionales de conducción política y constituye un dique de contención a las intenciones de cooptación y manipulación por parte de los sectores políticos ligados tradicionalmente a la burguesía. Por estas razones, ese "basismo" constituye un elemento de suma importancia en la explicación de la crisis: por un lado, impide la penetración y manipulación del movimiento por los líderes de los partidos tradicionales; por otra parte, dificulta en su mismo seno el surgimiento de una dirección que pudiese cohesionar el movimiento, elevar su capacidad orgánica, ampliar su visión política e incrementar así sus posibilidades de victoria. Evidentemente, lo anterior está muy relacionado con el carácter igualitarista y justicialista del movimiento. Su lenguaje es, más bien, de orden ético. No se usan las categorías de clase social, correlación de fuerza, etc. Allí se habla de pobres y ricos. En nombre de la justicia no se toleran las desigualdades, las estructuras de mando, etc. Ello lleva, a veces, al movimiento a no considerar su propia fuerza y la fuerza del enemigo. No intenta hacer análisis de sus posibilidades de victoria ni menos definir una estrategia con sus respectivas tácticas.

Todos esos elementos: dignidad humana, basismo, justicialismo e igualitarismo forman a nuestro juicio, el "núcleo ideológico" que cohesiona y mueve al movimiento. Nuestra hipótesis es que, si bien este "núcleo" tiene raíces profundas en la historia y estructura social de la sociedad haitiana, hoy su fuerza y cohesión se debe a la fuerte influencia de la Iglesia Católica, principalmente de su ala progresista que ha hecho de la "Teología de la Liberación" el arma principal de liberación del pueblo haitiano. Creemos que más allá de las diferencias existentes en su seno y del mayor o menor acercamiento a la Iglesia Católica, el movimiento, en su globalidad, está hegemonizado por esa corriente de pensamiento. Por esta razón, el movimiento democrático tiene serias dificultades para separar lo religioso (como terreno de lo ético, de verdades ya construidas) de lo político (con sus exigencias de racionalidad, de

lo posible en cada momento de la trayectoria hacia los objetivos fijados).

II. LOS HECHOS DEL 29 DE NOVIEMBRE Y LAS ELECCIONES DEL 17 DE ENERO

A la luz de los puntos anteriores, podemos intentar explicar los hechos acontecidos a partir de finales del mes de noviembre pasado.

Los eventos principales de esa coyuntura: dos elecciones presidenciales y generales en un plazo de menos de dos meses, el 29 de noviembre y el 17 de enero; las primeras, disueltas a balazos y machetazos; las segundas, claramente fraudulentas con una tasa de abstenciones superior al 90%.

El actor principal de la contienda: las Fuerzas Armadas. La jugada de ellas fue de tres movimientos:

1. Un golpe de estado al movimiento democrático, ganador más probable de las elecciones que debían celebrarse el 29 de noviembre, utilizando a los "tonton macoutes" como fuerza de choque.
2. Eliminación de los duvalieristas de la contienda presidencial del 17 de enero, haciendo aplicar contra ellos el Artículo 291 de la Constitución que les prohíbe ocupar un cargo electivo durante los próximos diez años. Cabe señalar que esa misma eliminación fue un argumento esgrimido por el General Namphy para la disolución del Consejo Electoral Provisorio encargado de las elecciones del 29 de noviembre.
3. Imposición de Leslie Manigat como presidente en unas elecciones aún más fraudulentas que en 1957 (año de ascenso de Francois Duvalier a la presidencia).

Con esa jugada triple, las Fuerzas Armadas evidenciaron su intención de volver a ser la única institución que fija las reglas del juego político en Haití.

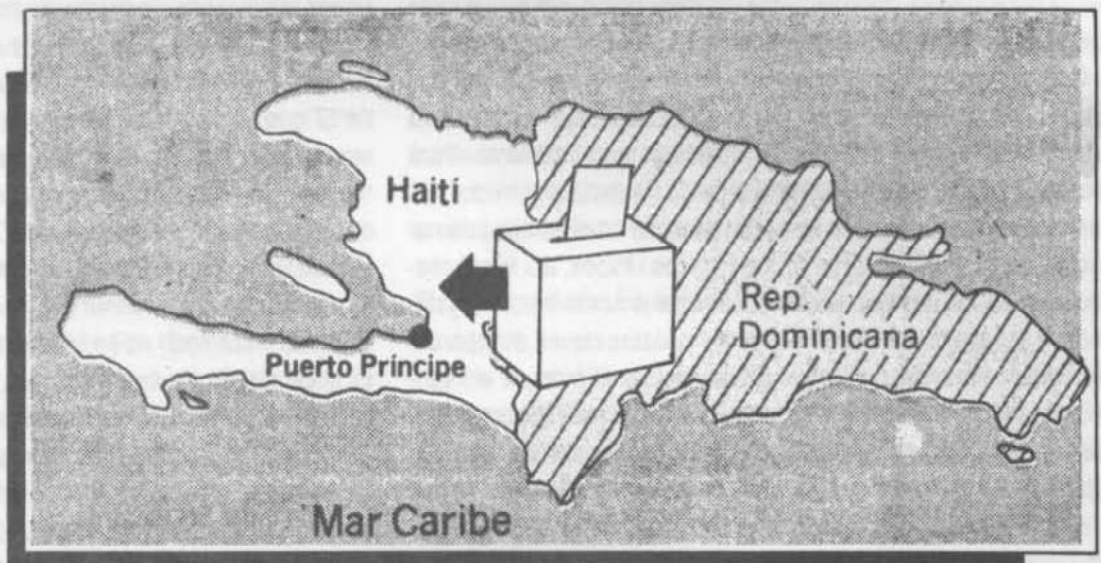
La consecución de esos tres puntos no presentaba las mismas dificultades. Para explicarlos habría que remontar a un profundo análisis de las interacciones de las Fuerzas Armadas con cada uno de los actores implicados, es decir, el movimiento democrático, los "tonton macoutes" y, en fin, los partidos políticos. La caracterización hecha más arriba en este trabajo de los principales actores de la escena política arroja algunas luces sobre los hechos ocurridos a partir del 29 de noviembre. A partir de ello, pode-

mos entender que de los tres objetivos, el primero, es decir, la eliminación del movimiento democrático, en la coyuntura actual, presentaba un mayor grado de dificultad.

Por las características de la mayoría de los partidos políticos, no es de extrañar que la mayoría de ellos aprobase el golpe anti-constitucional del 29 de noviembre. Solamente 6 de los 23 candidatos desaprobaron el golpe del 29 de noviembre: Thomas Desulmé, del Partido Nacional del Trabajo (PNT); René Theodore, del Partido Unificado de Comunistas Haitianos (PUCH); Sylvio Claude, del Partido Demócrata Cristiano de Haití (PDCH); Marc Bazin,

por Decreto el 29 de noviembre. El PNT sería también de los primeros en aceptar la nominación de Manigat al pedir una tregua a la oposición para dar posibilidades al elegido para demostrar sus intenciones democráticas.

La eliminación de los duvalieristas de las elecciones presidenciales, en realidad, no era tan difícil como podría aparecer. Se decía que de ser descartados, se volverían a repetir los hechos del 29 de noviembre. Para evitar algunos sobresaltos, el mismo día de dar a conocer los candidatos aprobados por el nuevo Consejo Electoral Provisorio (de total obediencia al CNG), las Fuerzas Ar-



del Movimiento para la Instauración de la Democracia en Haití (MIDH); Louis Dejoie, del Partido Agrícola Industrial Nacional (PAIN) y Gérard Gourges, del Frente Nacional de Concertación (FNC). De esos 6, no es de extrañar que 4 (los 4 últimos) corresponden a los de mayor popularidad y con más posibilidades de ganar, de celebrarse elecciones verdaderamente libres. El Partido Comunista, evidentemente, no cabe en la categoría de los partidos que buscan granjearse la simpatía de los círculos gobernantes para llegar al poder, ya que sus objetivos están en flagrante contradicción con los intereses de esos grupos. El PNT de Thomas Desulmé fue, en realidad, el único cuyos intereses podrían aparecer contradictorios en la desaprobación del golpe del 29 de noviembre. Posteriormente, ese Partido tardaría mucho en tomar la decisión de no participar en las elecciones del 17 de enero, mientras que los 4 mencionados arriba pasarán a formar, poco después del 29 de noviembre, el "Comité d'Entente Démocratique" (CED) -Comité de Acuerdo Democrático- de abierta y franca oposición a la celebración de nuevas elecciones. El CED establecía como condición para participar en nuevas elecciones la dimisión del Consejo Nacional de Gobierno y la reintegración de sus antiguos miembros al Comité Electoral Provisorio (CEP) disuelto

mas aplicaron una estricta vigilancia y control en Puerto Príncipe y sus alrededores. Las casas de los principales candidatos duvalieristas habían sido rodeadas por fuerzas militares. Los hechos del 29 de noviembre fueron, en realidad, obra principal de las Fuerzas Armadas. Los "macoutes" fueron, simplemente, la pantalla. Para su accionar contaron, no sólo con el beneplácito del ejército y la policía, sino que fueron fuertemente apoyados por éstos, quienes actuaron como retaguardia. Cabe señalar que, descartando la presidencia, las elecciones del 17 de enero fueron claramente favorables a los "macoutes", quienes pasan a ser muy fuertes en las cámaras y a controlar gran parte de los gobiernos locales. Es de pensar que los conflictos entre "tonton macoutes" y las Fuerzas Armadas están lejos de terminar. La no aceptación de su eliminación de la contienda electoral y posteriormente su desaprobación de los resultados de las elecciones del 17 de enero, es simplemente el principio de futuras discordias. Para muchos de ellos, no será fácil la aceptación de su subordinación a las Fuerzas Armadas y es de esperar que tratarán de volver a ser el protagonista principal. Su penetración en las Fuerzas Armadas y el control de puestos importantes en el nuevo gobierno serán, indudablemente, trincheras desde las cuales reconstituirán sus fuerzas e intentarán

de nuevo colocar a las Fuerzas Armadas en un rol de subordinación. Nuestra hipótesis es que, pese a ciertas escaramuzas, el "macoutismo", terminará por aceptar su papel de subordinación, frente a la determinación de las Fuerzas Armadas, de volver a ser el actor principal de la política haitiana. En esas condiciones no es descartable una mayor integración, entre el "macoutismo" y las Fuerzas Armadas, para la incorporación de aquél en éste, cosa que ya viene ocurriendo desde el 7 de febrero de 1986, lo que evidentemente aumenta el carácter autoritario de las Fuerzas Armadas dificultando aún más las posibilidades de transformación democrática de la sociedad haitiana.

Como dijimos anteriormente, la eliminación del movimiento democrático y de las fuerzas populares representaba una tarea bastante difícil políticamente. En efecto, cómo impedir que las elecciones sean ganadas por esas fuerzas. Lo mejor hubiera sido el no celebrarlas y, simplemente, quedarse en el gobierno. Pero no, las circunstancias exigen la búsqueda de cierta legitimidad. Ya vimos que la estrategia de su aliado principal en el campo internacional, es decir, el gobierno de los Estados Unidos, así lo aconsejaba. Entonces, hay que buscar controlar el proceso electoral y colocar a la cabeza del ejecutivo y en los puestos claves del aparato hombres de máxima confianza. En esa lógica, se produce el intento de quitar la dirección de las elecciones al Comité Electoral Provisorio, a través del Decreto del 22 de junio, el cual entregaba ese poder exclusivamente al Ministerio del Interior en la persona del General William Regala, también miembro del Consejo Nacional de Gobierno. Hábilmente, el gobierno quiso aprovechar el desconcierto de la oposición y de las fuerzas populares, quienes se habían dividido respecto a un llamamiento a huelga de la Central Autónoma de Trabajadores Haitianos (CATH). El Decreto del 22 de junio disolvía la CATH y, al mismo tiempo, transfería las funciones del Consejo Electoral al Ministerio del Interior. Las reacciones no se hicieron esperar. Las fuerzas democráticas volvieron a unirse exigiendo el retiro del Decreto en sus dos vertientes y decretando una huelga por la consecución de sus objetivos. El gobierno retractó respecto al proceso electoral, dejando que el punto relacionado con la disolución de la CATH cayera de su propio peso. Sin embargo, la lucha ya había alcanzado otro nivel y el movimiento popular se enfrascó durante casi dos meses en una dura lucha por derrocar al Consejo Nacional de Gobierno. El desánimo y las fisuras producidas en el seno del movimiento, tras su derrota, hicieron albergar la esperanza, en el gobierno, de la posibilidad de derrotar a las fuerzas democráticas en el terreno de las elecciones sin que el gobierno ni las Fuerzas Armadas tuviesen que intervenir directamente. El gobierno había jugado al desgaste del movimiento popular durante esos dos meses de paralización de casi todas las actividades del país. ¡Vana ilusión! Desgaste, es cierto que lo hubo, pero no suficientemente. Entonces hay que amedrentar. A partir del mes de septiembre, a través del todo el país y principalmen-

te en la región agrícola del Artibonite, donde el movimiento democrático estaba muy fuerte, las Fuerzas Armadas, unidas a los "macoutes", desataron una campaña sistemática de persecución e intimidación a líderes y dirigentes. El ejército y los "macoutes" prácticamente ocuparon la zona.

Sin embargo, pese a la campaña de intimidación y terror, la candidatura de Gérard Gourgues (Frente Nacional de Concertación) vino en ascenso, no obstante haber sido el último en proclamar su candidatura (fines de septiembre).

Cabe mencionar que la elección de Gourgues dentro del Frente Nacional de Concertación no fue nada fácil por ser el Frente una agrupación recientemente constituida y conformada por múltiples organizaciones, en cuyo centro se encuentra el grupo de los 57 que había dirigido las huelgas y manifestaciones de los meses de julio y agosto. Los otros candidatos con mejores posibilidades parecían ser: Marc Basin, del Movimiento para la Instauración de la Democracia en Haití (MIDH); seguido por Sylvio Claude, del Partido Demócrata Cristiano de Haití; y por Lois Dejoie, del Partido Agrícola Industrial Nacional (PAIN). A los otros 19 candidatos (incluyendo a Manigat) no se les daba ninguna posibilidad de ganar. El golpe del 29 de noviembre fue, en general, bien recibido por ellos y vino a reactivar sus esperanzas. A muy pocos días de las elecciones se hablaba de Bazin y de Gourgues como favoritos, pero las horas parecían conspirar a favor del último; de modo que para el viernes 27, las mayores posibilidades de vencer recaían sobre Gourgues. Además, era evidente el control del Frente Nacional en el Senado y las cámaras, asegurándose así el nombramiento también del Primer Ministro. Conviene apuntar que, además de representar el Frente Nacional de Concertación, Gourgues había formado parte del Consejo Nacional de Gobierno a la caída de Duvalier por haber sido Presidente de la Liga de Derechos Humanos bajo el régimen de Duvalier. La renuncia de Gourgues al Gobierno fue más o menos violenta, por lo que sus relaciones personales con los otros miembros del Consejo, los generales Namphy y Regala, no eran nada cordiales.

¿Habrían aceptado las FF. AA. el nombramiento de Bazin, el segundo candidato que parecía tener más posibilidades? Se puede aventurar la opinión de que, pese a no ser el preferido de las FF. AA. por sus ideas liberales y modernas, éstas hubieran consentido con él por ser el prototipo del hombre de la democracia de fachada deseada por el Departamento de Estado.

La masacre del 29 de noviembre y la suspensión de las elecciones parecen producirse en una coyuntura donde representaban las últimas armas para parar el ascenso del movimiento democrático al poder.

El Movimiento Democrático

Su participación en las elecciones del 29 de noviembre, después de casi dos meses de intento de "dechoukaj" del Consejo Nacional de Gobierno -lo que consideraba como requisito indispensable para la celebración de elecciones libres en el país- es signo revelador del impase en que se encuentra. Llegado el momento y habiendo sido llevado por los eventos, ir a las elecciones era su única alternativa, no sólo de victoria a corto plazo, sino también de posibilidades de conservar espacios públicos para hacer política. No participar era, en esos momentos, como regalar el único terreno conocido al enemigo. Por ello, el grueso del movimiento democrático y de las fuerzas populares decidió ir a las elecciones haciendo suyo la frase de Monseñor, Willy Romelus, Obispo de la ciudad sureña Jérémie: "Ya que no pudimos 'dechouker' el CNG con las huelgas de julio y agosto, lo vamos a hacer mediante las elecciones." Conviene señalar que a lo largo de 21 meses de actividad y enfrentamiento con el CNG, el movimiento popular no había ganado ninguna batalla de significación. Prácticamente, todas sus demandas, reivindicaciones y luchas se estrellaron en contra de la misma muralla que construyó Duvalier. Su única conquista real es la libertad de palabras y, en cierta medida, de organización. Sin embargo, pese a múltiples impedimentos, llegó fuerte a las elecciones, tanto a niveles locales, como nacionales. El gobierno y las Fuerzas Armadas jugaron en impedir y limitar su participación. Hicieron todo por arrinconarlo y desmovilizarlo. Al percatarse que, a pesar de su debilitamiento del movimiento democrático tenía suficientes fuerzas para ganar, decidieron dar el golpe anti-constitucional del 29 de noviembre.

En la caracterización anteriormente hecha del movimiento democrático dijimos que su "núcleo ideológico" era de inspiración cristiana, si bien en su interior había grupos de tendencia marxista; que se mostraba indiferente a los problemas de correlación de fuerzas; que no distinguía lo religioso de lo político y que, por ende, este último era concebido en los términos abstractos de justicia social, igualitarismo, dignidad humana, etc. El terror desatado por las Fuerzas Armadas y el "macoutismo" días anteriores al 29 de noviembre, los hechos trágicos de este mismo día y el pánico de un regreso violento al fascismo, lo hicieron entender el error de sus apreciaciones. El movimiento popular luchaba por democratizar de una vez por todas el país. A partir del 29 de noviembre cambia de estrategia y entra en el juego de las alianzas. La formación del "Comité d' Entente Democratique", con los cuatro candidatos más representativos, significa un vuelco estratégico de todas las fuerzas que pugnan por erradicar los gérmenes del fascismo duvalierista en el país. Dos de ellos, Louis Dejoie y Marc Bazin, representan fundamentalmente sectores liberales de la burguesía y de las clases medias; mientras que Sylvio Claude y Gérard Gourgues tienen tras de sí fundamentalmente a los sectores

populares bajo el liderazgo, todavía difuso, de la pequeña burguesía ideológica avanzada. Esa amplia alianza de fuerzas, de haber ocurrido mucho antes, hubiera, tal vez, evitado la masacre del 29 de noviembre y los desagradables hechos posteriores. Tal vez era el requisito de una salida democrática a la crisis. Para las fuerzas populares, quizás, sea el principio de una distinción entre lo político y lo religioso, siendo este último un elemento importante de su actual fuerza, pero también de sus fuertes debilidades.

Pese al golpe del 29 de noviembre y a la descabellada entronización de Manigat al poder, el movimiento democrático y popular sigue estando en el centro de la crisis. El fuerte abstencionismo en las elecciones del 17 de enero, las grietas creadas en el seno del bloque en el poder por la escogida de Manigat, la formación del CED con los cuatro candidatos que representan un amplio espectro de la estructura social haitiana inauguran una nueva etapa de lucha quizás larga y en la cual pondrá a prueba su capacidad de rectificación de los errores pasados.

El Gobierno de los Estados Unidos de Norteamérica

No hay dudas acerca del apoyo del Departamento de Estado al golpe del 29 de noviembre. Tal vez no aprobó los brutales métodos empleados para obligar a suspender las elecciones, pero está claro que había que parar el ascenso de las fuerzas populares. Podría también haber diferencias de apreciaciones sobre el momento más adecuado para producir el golpe: antes o después de las elecciones. Después, se podría crear un clima de ingobernabilidad que diera mejor justificación a la intervención de las Fuerzas Armadas. Sin embargo, encerraba también la necesidad de aplicar mayores niveles de represión. Lo importante para nuestro análisis es el cambio aparente de estrategia de la política norteamericana. De la búsqueda de consenso y legitimidad para desactivar el movimiento social, pasó a la vieja política del bastón y el garrote tantas veces aplicadas en el Continente. La explicación reside en el hecho de que, debido a la profundidad de la crisis y a las características extremadamente autoritarias del Estado haitiano, esa estrategia enfrentó múltiples escollos para su realización durante los 21 meses post-duvalieristas. Sin embargo, el objetivo central de esa estrategia, no por ello, había cambiado. Sea como sea, hay que parar el movimiento popular. El golpe del 29 de noviembre aparece entonces como un recurso de una misma estrategia que, dependiendo de las circunstancias y de la agudización de la lucha social, usará elementos de disuasión o de represión. Si bien entonces que el método principal escogido es el de buscar cierta legitimidad para las Fuerzas Armadas y el bloque en el poder, ello no quita la necesidad de utilizar la simple coerción cuando, debido a las circunstancias, la consecución del objetivo principal así lo aconseja.

El general Henry Namphy, presidió el Consejo Nacional de Gobierno, después de la caída del régimen duvalierista.



Las actuaciones del gobierno americano posteriormente al 29 de noviembre indican una especie de incomodidad, dentro de su política global de apoyo a las Fuerzas Armadas. El corte, aunque temporal, de más de setenta millones de dólares en ayuda económica y militar al gobierno militar así lo atestiguan. Tal recorte se debe más a los imperativos de la política interna norteamericana que a la voluntad de castigar al gobierno haitiano. Después del 29 de noviembre, el Departamento de Estado llama al gobierno haitiano a reiniciar y garantizar nuevas elecciones, pero no condena los hechos ocurridos. Inicia maniobras tendientes a buscar legitimidad a las elecciones del 17 de enero frente a las declaraciones de "boycott" de los candidatos con mayor popularidad. Intenta influenciar el CED para participar en las elecciones. Por otra parte, lanza a Seaga y al CARICOM a la palestra, adelantando así un reconocimiento diplomático al nuevo gobierno, de la comunidad de países de la zona, reconocimiento cuyo objetivo principal es abrir una brecha de legitimidad por donde colarse después. A tan pocos días de las elecciones del 17 de enero, no se pueden saber todos los entretelones habidos, pero es dable hacer la hipótesis de la influencia del Departamento de Estado, a través de su embajada en Puerto Príncipe, en la elección de Leslie Manigat como candidato oficial de las Fuerzas Armadas. En efecto, dentro de los candidatos a la "silla forrada" para las elecciones del 17 de enero, Manigat parecía ser el más hábil político de corte tradicional para resolver la crisis haitiana. Sus dotes de polemista y, sobre todo, sus cualidades de maniobrero, parecen hacer de él el líder populista ideal para el manejo de la situación haitiana. La única duda podría ser su incapacidad de granjearse la simpatía y apoyo de los haitianos. ¿Si, en efecto, por qué con "tantas cualidades" Manigat no ha podido penetrar en el corazón de los haitianos? ¿Por qué ha sido rebasado de lejos en popularidad por candidatos aparentemente menos carismáticos y con menos curriculum político? Para comprenderlo, hay que penetrar en las características de la crisis y de-

tectar el conjunto de elementos ideológicos, emocionales, éticos, etc., susceptibles de concitar el apoyo de la sociedad haitiana. La sucinta caracterización hecha al principio del trabajo de los principales actores de la escena política y, en especial del movimiento democrático, puede ayudar a entender las razones del no "pegue" de Manigat y, si no es así, de las dificultades que tendrá para cambiar la vieja política de coerción a una de más disuasión y consenso. Como dijimos más arriba, la elección de Manigat parece responder más a los deseos de los americanos que a los gustos de las Fuerzas Armadas. Esas, probablemente, hubieran preferido escoger un político menos habilidoso y con más trayectoria de vinculación con ellas sin ser por ello duvalierista, como es Hubert Deronceray o Philippe Auguste o el mismo Gregoire Eugene, del Partido Social Cristiano (PSCH). A nuestro juicio, la elección del Manigat implica una visión política ajena a la política del gobierno y de las Fuerzas Armadas durante esos dos años, práctica centrada, fundamentalmente, en el poder de coerción del aparato de Estado y no en su capacidad de creación de hegemonía. Ese comportamiento ha contribuido fuertemente a profundizar la crisis, en vez de superarla, Manigat, por el contrario, parecería ser el hombre apto para desactivar la crisis mediante sus aparentes capacidades para hacer el juego político con todos los sectores, a diferencia del Consejo Nacional de Gobierno, que era estático e inmóvil, dejándose ganar por los eventos.

La estrategia principal del gobierno norteamericano sigue siendo de consenso y contención. De allí, entonces, la elección de Manigat. De fracasar en su gestión de "unidad y reconciliación nacional", como nuestro análisis y nuestras hipótesis parecen indicar, esa estrategia puede mutarse en una de coerción, como ocurrió el 29 de noviembre, pero esta vez en forma definitiva.

Perspectivas

Todo deja entender que el próximo gobierno -si llega a asumir- va a estar tan aislado como el Consejo Nacional de Gobierno, presidido por el General Namphy. En el plano interno, pese a las declaraciones de Manigat de querer formar un gobierno de unidad y reconciliación nacional, el sector opositor parece ampliarse. Sectores que anteriormente al 29 de noviembre cohabitaban o simplemente, en una actitud pragmática, aceptaban, por así decirlo, al CNG, parecen pasar a una franca oposición. Tales son los casos de Marc Bazin y de Louis Dejoie, candidatos a la presidencia para la contienda del 29 de noviembre, hombres que representan fundamentalmente a sectores liberales de la burguesía y de la clase media y seguidos por un electorado relativamente importante.

Aún más, las elecciones del 17 de enero acarrearán fuertes fisuras en el mismo bloque en el poder. En efecto, de los once candidatos de esta última contienda, dos de ellos, considerados como

los más populares, hicieron ávidas críticas a las elecciones del 17 de enero y manifestaron su voluntad de no reconocer la legitimidad del próximo gobierno. Por otra parte, a partir del 29 de noviembre, las posturas de la Iglesia Católica y de la Iglesia Metodista se han endurecido. Las declaraciones de las dos jerarquías (una de ellas en forma conjunta) han sido de una clara reprobación a los juegos sucios del poder.

A nivel de las organizaciones populares, Manigat, probablemente, conseguirá la obediencia de la CATH-CLAT, una de las tres federaciones sindicales, la que está afiliada a la Confederación Sindical Latinoamericana. Conseguirá la victoria también en sectores de la clase media, temerosos de dejar pasar el tren y, tal vez, en algunas capas del lumpen y del campesinado poco articulado con el movimiento popular. Resumiendo, diremos que, en lo general, Manigat estará sumamente aislado. Internamente, su gobierno tendrá que apoyarse en el poder de las bayonetas de las Fuerzas Armadas y de los "tonton macoutes" replegados detrás de éstas. Al respecto, cabe señalar que las dos cámaras, diputados y senadores, están controladas por ex duvalieristas que se presentaron en las elecciones como "independientes". De igual modo, toda la administración de poderes locales, desde los departamentos hasta los pueblos rurales, estará aplastantemente dominada por ex duvalieristas. El partido de Manigat, el RDNP, no tenía la capacidad de presentar candidatos a esos puestos. En la medida en que el nuevo escogido muestre capacidad de negociar con esos poderes dentro de los moldes de la vieja política tradicional, podrá obtener su apoyo y, en cierta forma, sustituir la imagen de Duvalier. Manigat pasará a ser entonces el nuevo "líder espiritual", tal vez más moderno y, sobre todo, con mucho más verbo que el lacónico Duvalier.

A nivel económico, pese a sus declaraciones de que las grandes mayorías nacionales serán las favoritas de su gobierno, en lo esencial, Manigat tendrá que seguir la política archiliberal del CNG, política tendiente a impulsar la industria maquiladora y a desestructurar la poca base nacional de la economía haitiana, en especial el sector campesino. En este punto, cabe señalar que, si bien el gobierno de Ronald Reagan ha tenido dificultades en el manejo político de la situación haitiana, en el plano estrictamente económico su victoria ha sido rotunda. Manigat tendrá que prose-

guir con la "revolución económica" iniciada por Jean Claude Duvalier en 1971 y llevada a su máxima expresión liberal por el actual Ministro de Economía, Leslie Delatour, con claro apoyo de las finanzas internacionales: el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, etc.

En el plano interno, el nuevo gobierno, de querer respetar las libertades democráticas, tal como lo formuló Manigat, estará entonces aprisionado entre dos fuerzas: el movimiento democrático y las Fuerzas Armadas aliadas al duvalierismo. En esas circunstancias, no es descartable la reconquista del gobierno por esas últimas.

En el plano internacional, Manigat tendrá, probablemente, a su favor el CARICOM, la Democracia Cristiana y el Departamento de Estado norteamericano, quien esperará la oportunidad para "decorosamente" dar todo su apoyo al nuevo jerarca. Tendrá más dificultades para granjearse la simpatía de Canadá y Francia y, en general, de los gobiernos europeos. Con el vecino República Dominicana, no es de esperar cambios sustantivos. La situación de semiesclavitud de los braceros haitianos en República Dominicana, tema de reivindicación de los sectores democráticos haitianos, no será objeto de mayores conflictos diplomáticos. El gobierno de Manigat, probablemente, hará una diplomacia más activa en el plano internacional y especialmente con la República Dominicana.

En resumen: la crisis política surgida a partir del derrocamiento de Duvalier parece lejos de resolverse.

La política de prácticamente todas las instituciones y organizaciones de anulación de las elecciones del 17 de enero parece ser la única posibilidad de empezar un proceso de diálogo y negociaciones que lleve a la resolución de la crisis. Una vez asumido Manigat, tal proceso será sumamente difícil. El comportamiento de las Fuerzas Armadas durante esos dos años parece contradecir brutalmente tal posibilidad.

De no realizarse la anulación de las elecciones del 17 de enero pasado, se puede pronosticar una agudización de la crisis que llevará al país al caos y, tal vez, una salida estilo Duvalier, es decir, a la repetición de una fórmula fascista.

haití
